

La razón poética y la centralidad del cuerpo en María Zambrano¹

POETIC REASON AND CENTRALITY OF THE BODY EN MARÍA ZAMBRANO

JONATHAN CHRISTY BALDAZO-DELGADILLO*

Resumen: El artículo trata de una búsqueda, de un viaje a uno mismo para engendrar una nueva visión del ser-humano; una nueva forma de estar en el mundo que se distingue sobre todo por la co-implicación del hombre con el universo. 'Sentir originario', le llama María Zambrano, pero sentir, a su vez, no puede manifestarse sin la recuperación de ciertas nociones entre las que destaca la del 'cuerpo' como puente entre el hombre y el universo, como recuperación del alma y como experiencia poética.

Palabras clave: María Zambrano; razón poética; filósofo; poeta; centralidad del cuerpo

Abstract: This paper deals with a search, a journey towards oneself to produce a new approach to human being; a new way of being in the world distinguished mainly by the mutual involvement of man with the universe. María Zambrano calls it 'original feeling', but feeling cannot exist without retrieving some notions such as 'body' as a bridge between man and universe, as soul retrieval and as poetic experience.

Keywords: María Zambrano; poetic reason; philosopher; poet; centrality of the body

1 Texto basado en la ponencia presentada el 16 de marzo de 2016, en el marco del Primer Coloquio sobre María Zambrano, en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM).

* Universidad Autónoma del Estado de México, México

Correo-e: jonajcbd@hotmail.com

Recibido: 14 de noviembre de 2016
Aprobado: 2 de junio de 2017

Para una parte cada vez más nutrida de filósofos, poetas y artistas de toda índole, el pensamiento de la filósofa española María Zambrano se coloca como un notable esfuerzo por reintegrar el llamado pensamiento racional —aquella versión violenta y colonizadora— con los linderos más oscuros y misteriosos del hombre. Se trata de una propuesta que, alejada de la simple reformulación estética del lenguaje, recupera y entrecruza tradiciones y saberes que normalmente han quedado fuera del espectro de comprensión de la cultura occidental moderna: la poesía, la fe, la religión, lo sagrado, entre otras muchas categorías. Dicha propuesta es identificada por Zambrano como ‘razón poética’.

A decir de la filósofa española, esta razón trata de una búsqueda, de un viaje² en descenso y al interior de uno mismo,³ en donde escudriñar las propias entrañas no solo permite atestiguar el nacimiento del pensamiento filosófico —en tanto racionalidad— y del poético —llamado irracional—, sino que vislumbra su comunión, que de inmediato engendra una nueva visión del ser-hombre, y por ende, de su historia y su vida. Nueva forma de ‘ser-en-el-mundo’ que se distingue sobre todo por la co-implicación del hombre con el universo. ‘Sentir originario’, le llama la filósofa malagueña, pero sentir que no puede manifestarse sin la recuperación de ciertas nociones como la cultura, el alma, los sueños, el cuerpo, la persona, entre otras.

Se considera que en la noción de ‘cuerpo’ surge la llamada razón poética; sin embargo, en este artículo solo se indican algunas cuestiones que giran en torno a este concepto. Primero, se expone una breve

2 No un método como erróneamente podría pensarse. ¿Cómo ofrecer un método de la experiencia poética, cuando la propia categoría ‘experiencia’ resulta un fluir inagotable de conocimiento? Para Zambrano, el método es como el ritmo, ‘una vez encontrado no hay más, como en las marchas militares. No hay sorpresas ni asomo de revelación’ (1989a: 12). La experiencia precede al método, aunque dicha naturaleza es meramente indicativa porque la experiencia al final del día adquiere ‘cuerpo y figura’ a través del método. En todo caso, la experiencia sugiere un viaje personal.

3 Ciertamente, existen guías que nos pueden orientar; sin embargo, los derroteros y senderos de nuestro interior se van descubriendo paso a paso, de manera individual.

descripción de la naturaleza del filósofo, después, de la naturaleza del poeta, seguida de una enunciación de sus diferencias vitales y, finalmente, se indica cómo el cuerpo es uno de los caminos propuestos por María Zambrano para experimentar la razón poética.

SOBRE LA NATURALEZA DEL FILÓSOFO

En el texto titulado *Filosofía y poesía* (2006), María Zambrano sostiene que el filósofo es aquel hombre que se lanza a descubrir con su propio esfuerzo las verdades del mundo, es decir, que ya no hay más dioses que ofrezcan el conocimiento como regalo de su gracia divina, y no hay saberes que broten como savia de la tierra. El conocimiento, la verdad, los secretos del ser solo pueden alcanzarse filosofando. Filosofar implica pre-ocuparse, elaborar ‘consue-los’⁴ encaminados a sobrellevar la eventualidad de la vida. Es por eso que el filósofo huye de la mortalidad de las cosas y pretende siempre centrar su vida en descubrir la llamada ‘esencia’, aquella verdad inmutable que fundará la seguridad de los días por venir.

De acuerdo con lo anterior, la manera de prepararse filosóficamente será a través de la esperanza y del consuelo en la razón. Se trata de un esfuerzo metódico y de un trabajo racional que se da siempre y en cada caso de manera individual. “La filosofía” nos dice María Zambrano “es incompatible con el hecho de recibir nada por donación, por gracia” (2006: 41). De esta forma, el filósofo busca el ser por sí mismo, pero justo cuando cree tenerlo entre sus manos, de inmediato lo pierde, sencillamente porque lo que busca no se encuentra aquí en este mundo pasajero, que solo ofrece un conocimiento mudable, insuficiente e imperfecto. El filósofo busca el ser oculto entre las cosas, porque es preciso salvarlas y salvarse de ellas, resolverlas, ordenarlas, volverlas coherentes, y para ello, la única posibilidad es desprenderse de su propio cuerpo y de las pasiones que en él afloran para liberar el alma y que ésta ascienda hacia la perfección. Detrás de las

4 Ideas y creencias, precisaría el filósofo español Ortega y Gasset.

cosas, muy por encima de ellas, lejos de la muerte, se encuentra la tan anhelada unidad con el ser. Platón afirma:

Desde antiguo se dice: <el separar al máximo el alma del cuerpo> y el acostumbrarse ella a recoger y concentrarse en sí misma fuera del cuerpo, ya habitar en lo posible, tanto en el tiempo presente como en el futuro, sola en sí misma, liberada del cuerpo como de cadenas.

—¿Por tanto, eso es lo que se llama muerte, la separación y liberación del alma del cuerpo?

—Completamente —dijo él.

—Y al liberarla como decimos, se esfuerzan continuamente y ante todo, filósofos de verdad, y ese empeño es característico de los filósofos, la liberación y la separación del alma del cuerpo. ¿O no? (2008: 46).

Por tanto —de acuerdo con Platón—, si el cuerpo altera y deforma el alma, es comprensible que desde antaño se busque separarlos y evitar que la última se corrompa, se disuelva o se destruya por los ‘pecados’ del cuerpo:

El conocimiento es pues, purificación, separación del alma de sus cadenas para reintegrarse a su verdadera naturaleza. El ‘saber desinteresado’ viene a resultar el más profundamente interesado de todos, pues que, en realidad, no es un añadir nada, sino simplemente convertir el alma, un hacerla ser, ya que el que contempla se hace semejante al objeto de su contemplación (Zambrano, 2006: 53).

De esta forma, el encuentro del filósofo con la verdad “no se verifica sino cuando ‘nos hemos separado de la locura del cuerpo’” (Zambrano, 2006: 56). Así, María Zambrano percibe que hasta ahora la filosofía se ha constituido como una preparación para la muerte, lo que a su vez exige una determinada manera de vivir ciertos sacrificios, entre los más graves el vínculo con la carne y las pasiones, o peor aún, con el ‘auténtico amor’, aquella ‘divina relación’ con la tierra.

SOBRE LA NATURALEZA DEL POETA

En el mismo texto, *Filosofía y poesía* (2006), el poeta es presentado como aquel que se queda extático frente a las cosas, es decir, que su vida no es el simple juego retórico en donde se ordenan las palabras con una cierta visión estética. El poeta padece la experiencia de las cosas al tiempo que es incapaz de comunicarla, porque su fuerza desgarrar a tal punto las entrañas que es imposible hablar de ello. El poeta se encuentra “atrapado en lo inmediato, en el presente, regala su presencia y dona su figura” (2006: 17). Se trata de una admiración por el mundo que se le ofrece y lo abraza, y en donde, al contrario que el filósofo, no huye buscando la separación de las cosas, por el contrario, se decide experimentar, admirar, padecer, atesorar, en suma, ‘saborear’⁵ todo lo que se le presenta —incluidos los sueños, las ruinas, las manifestaciones artísticas, etcétera—. En este sentido, el poeta persigue la multiplicidad, la heterogeneidad, se aferra a las cosas,⁶ no le importa que desaparezcan porque atesora su presente, y cuando las cosas mueren él muere con ellas.

En su admiración extática, el poeta participa de las cosas y con las cosas, es decir, su empresa, antes que palabra, es una relación, una especie de comunidad.⁷ Se trata de un esfuerzo —amor—⁸ que une al hombre con las cosas, esfuerzo que se expresa en gemido antes que en palabra, pero que no es queja, sino dulzura, una dulce exhalación por aquello que se ama.

5 Es aquí donde la palabra ‘*sapera*’, de origen latino, retoma su sentido, pues el intelecto está plenamente relacionado con las sensaciones.

6 “La cosa del poeta no es jamás la cosa conceptual del pensamiento sino la cosa complejísima y real, la cosa fantasmagórica y soñada, la inventada, la que hubo y la que no habrá jamás” (Zambrano, 2006: 22).

7 El aferrarse a las cosas y entrar en comunión con ellas puede leerse también como un ‘salirse de sí’. Cuando esto ocurre, el poeta entra en un ritmo acompasado que lo devuelve al universo.

8 Sobre el amor del poeta Zambrano declara: “El amor del poeta obliga a permanecer siempre cerca de aquello o aquel que le ha engendrado (amor filial), se aferra como los brazos de un niño que se niega a soltar a su madre, conjunción de dos seres que más allá de conocerse, se comprenden. Al mismo tiempo, se trata de un amor que ensimismado no ve más allá de su objeto de adoración (amor de amante). Pero también se trata de un amor compartido, porque en el regreso —sí es que alguna vez hubo separación—, el poeta atesora los dones y gracias recibidas, y las comparte e invita aquellos que se le acercan a vivir la experiencia que le ha sido ofrecida (amor fraternal)” (2006: 106-107).

Zambrano afirma que “Orfeo es poeta más por lo que pudo al fin decir, si algo dijo, por su acción. Acción poética [...] que se desata en delirio; el delirio de la poesía, el llanto y el gemido, principio de la música” (2005b: 108). El gemido expresa una misteriosa dulzura que tiende un puente entre la razón y la vida en su padecer infernal, “entre el sufrimiento indecible y el *logos*” (1973: 109).

[La] palabra es acción [...] formas, constelaciones que ofrecen una figura o más elementalmente conjuntos y hasta quantum de lenguaje rítmico, ritual: conjuros, exorcismos, invocaciones, y ascendiendo, enunciaciones del ‘logos’ [...] Y así encontramos que la acción del lenguaje sagrado se ejerce ante todo en abrir un espacio, un verdadero ‘espacio vital’ antes cerrado (Zambrano en Janés, 2010: 65).

La dulzura que se resuelve en armonía, en música que acalla el grito y lo vuelve soportable, le da cierto orden.⁹ Para Zambrano, la orgía dionisiaca acompañada por la música, la exaltación de los sentidos y el trance no suceden por meros estímulos melódico-sensitivos, sino porque cada nota y cada silencio marcan un paso por seguir: “Sentir una música no es gozarla, sino seguirla” (2005b: 112). El corazón del poeta se acompasa con los latidos de la tierra, con las sombras, con lo extraño y aquello misterioso que lo provoca cada vez que lo toma.

VIVIR SEGÚN LA CARNE

De acuerdo con lo anterior, podemos decir que para María Zambrano es posible que experimentemos las cosas de una manera racionalista y violenta porque hemos olvidado el valor de nuestro cuerpo, su importancia y su sentido. Quizá los poetas originarios no estaban errados al desvivirse por las cosas, quizá la relación entre cuerpo y conocimiento-experiencia, tan despreciada por los filósofos, no tiene razón de ser, quizá al recuperar el sentido del cuerpo retornemos a

9 “[El] grito sale del alma [dice Zambrano], es alma” (2005b: 110).

un estado de percepción más íntimo y, por ello, más honesto, más amplio: “[Porque lo] que quedó fuera de la realidad fue el cuerpo y con él la conexión con el universo (el alma): la ruina del anhelo” (Moreno Sanz, 2008: 338).

A decir de la filósofa española, cuando la idea se torna carne, nace una nueva sensibilidad que afecta los estratos y las esferas en los que el hombre deambula en esta tierra (instituciones, arquitectura, poesía, ciencias, aspiraciones, sentimientos, religión, etcétera). En este sentido, la razón poética propuesta por Zambrano supone una especie de resurrección de la carne. La carne se vuelve una condición del sentir originario, un toque íntimo con el mundo, como dirá en algún lugar Ortega y Gasset.¹⁰

El cuerpo establece un vínculo con la tierra, con nosotros mismos, que implica la experiencia de un *logos* que se resiste y se oculta a la palabra, pero se deja intuir, percibir y experimentar a través del cuerpo.¹¹ El trato primero que tenemos con las cosas es el tacto, des-velada intimidad con el mundo en donde cada uno de nosotros nos encontramos cuerpo a cuerpo, y en donde la razón se convierte en una herramienta más a disposición de los requerimientos y necesidades del hombre.

Para Zambrano, el hacer del hombre mediante el cuerpo es ya un definir y al mismo tiempo implica construir historia; “el vivir aquí, el mirar desde aquí” (2005b: 107) obliga a tratar con las cosas. Sin embargo, a decir de la filósofa malagueña ninguna tradición ha logrado separarse de esta condicional, pues se desconocen o ignoran otras formas de estar en el mundo y de tratar con las cosas.

[La] ‘razón histórica’ no podrá hacer su cálculo con las cuatro reglas elementales, sino usando

10 Aunque María Zambrano entresaca, como bien apunta Jesús Moreno Sanz, “de la razón vital orteguiana [...] su propia razón musical que va a ser su razón simbólica y poética” (2008: 335), la razón poética de la filósofa malagueña tiene su origen a partir de la combinación de distintas melodías, entre las que destacan, sin mencionar a los filósofos occidentales: la filosofía pitagórica, la tradición órfica, el pensamiento de san Juan de la Cruz, las tradiciones filosófico-religiosas de Medio Oriente (los sufíes, Lao-Tse), la poesía de Lezama Lima, etcétera.

11 “Pues el hombre y toda una cultura habrán de reaprender a conexiarse con las fuentes de su sentir más íntimo y desde la base de la más corporal respiración, y así, dicho con Laotse, *pensar desde los talones*” (Moreno Sanz, 2008: 20).

del cálculo infinitesimal, del integral y aun de alguno todavía desconocido que abarque lo imperceptible en épocas enteras, lo que quedó vencido, lo no llegado a razón o lo sobrado de ella, simiente de la razón futura (Zambrano, 2005b: 122-123).

La razón histórica siempre se encuentra tras la vida, nunca puede alcanzarla y hacerla completamente legible. Zambrano quiere ir más allá, más lejos, más profundo, ahí donde la filosofía queda muda ante la revelación de la vida, de la realidad, y el hombre experimenta no con la palabra sino con el cuerpo. Por ejemplo, los ritos órficos y pitagóricos anuncian el momento en que el alma recupera la armonía con lo originario, con lo primitivo, lo natural, lo místico, lo oscuro del eterno bosque de nuestras vidas.¹² En ellos, el tiempo deja de ser cuantificado, abstraído, para vivirse¹³ y padecerse,¹⁴ “pues el tiempo no se aborda primeramente pensándolo [...] sino padeciéndolo” (Zambrano, 2005b: 107). El tiempo se establece como viaje, como acción: “Padecer el tiempo es recorrerlo sin ahorrarse abismo alguno: la muerte y aún algo peor, este andar perdido, el andar errante, como todos los poetas genuinos lo andarán un poco siempre, como todo el que padece” (Zambrano, 2005b: 107-108). ‘Volver al cuerpo’¹⁵ significa, en

12 Es importante señalar que dicho proceso de armonización no es un abandono de la razón como cabría suponer, resulta imposible para el hombre actual abandonar la racionalización a la que ha sido sometido por siglos. El proceso en el que el alma recupera su armonía primigenia debe hacerse a pesar de la razón, encima de ella, debajo de ella; por ejemplo, el estado de delirio al que pueden acceder los sufíes al girar y girar provoca que la conciencia se ‘suspenda’ permite que el cuerpo se integre al mundo, como fue en un principio, a decir de María Zambrano, y en donde poéticamente los dioses comenzaban a ser nombrados.

13 De acuerdo con María Zambrano, pareciera que los pitagóricos estaban enterados de las limitaciones de la razón, por lo que continúan su vida alejándose de la razón y de la historia, atizando lo que podría llamarse su íntima historia.

14 “Oscuros procesos del humano padecer de los que surge la configuración por la que el hombre va dándose rostro y figura en ese aprendizaje de sus propios padecimientos” (Moreno Sanz, 2008: 78).

15 ‘Volver al cuerpo’ es un movimiento que se realiza para atrás. La razón regresa por el camino que ella misma trazó a lo largo de varios siglos para acceder a ese primer momento en que se encontraba unida al corazón. Cuestión filosófica de primer orden, a decir del profesor Jesús Moreno Sanz: “cómo la actividad de la razón puede redefinir su posición y movimientos para descender a los territorios oscuros inefables de la *pasividad* mística y seguir siendo razón” (2008: 32).

este sentido, recuperar el ímpetu, la fuerza que nos anima aun a costa del padecimiento:

Más allá de nuestra conciencia y de nuestros puros mecanismos psíquicos, que para Zambrano no son sino las envolturas del alma, y más allá de toda moral establecida, ‘algo’ del mundo y de sus misteriosas conexiones se pone de manifiesto en ese humano padecer (Moreno Sanz, 2008: 79).

Ahí donde la razón ha llegado a su límite es necesario un principio sagrado según el cuál el hombre se anime a vivir la tierra: “El descenso no ya a lo divino —figuración y forma poética, lograda a la par por la filosofía y la poesía—, sino a lo sagrado mismo, al mundo primero de indeterminación del puro sentir” (Moreno Sanz, 2008: 77). Se advierte que no se trata de una propuesta sentimentalista, pasional o volitiva. El movimiento que emprende la razón poética retoma la relación con la naturaleza, y el único puente que poseemos para ello es el cuerpo. María Zambrano recuerda una frase de su maestro Ortega y Gasset, en donde señala la función del cuerpo en tanto vínculo que permite al hombre unirse con la naturaleza:

Si el romanticismo humaniza a la naturaleza y busca en ella lo plástico, la figura, en el culto a Dionysos, el alma busca a la naturaleza en lo que tiene de musical, de ímpetu clarificado. Es un baño cósmico, una inmersión del alma en las fuentes originarias del ímpetu de vivir, una reconciliación del alma con la vida. ‘Las situaciones de máxima exaltación corporal traen consigo un delicioso aniquilamiento en la unidad cósmica’ (Ortega y Gasset, *Vitalidad, Alma, Espíritu*). La orgía es una reconciliación del alma, que sufre al comenzar a sentirse a sí misma, con la naturaleza; es una llamada a los poderes cósmicos que hace el hombre cuando le duelen las entrañas de su vida (Zambrano, 2005: 31).

La frase “máxima exaltación del cuerpo” permite explorar las tradiciones ya mencionadas, en donde

el cuerpo es puesto al límite para acceder a una experiencia cósmica, religiosa, mística, iniciática. De esta forma, conceptualizaciones como orgasmo sexual, danza orgiástica, embriaguez, etcétera, entran en el horizonte marcado por la razón poética. Mientras que la exaltación del cuerpo se coloca como indecible, como un viaje, una acción poética —iniciática— se desata en delirio, “el delirio principio de la poesía, el llanto y el gemido, principio de la música” (Zambrano, 2005b: 108).

Recuperar el cuerpo —exaltarlo para luego sumergirlo en pasividad— es en realidad una gesta que pretende reconfigurar el alma para tratar de acceder a un hombre capaz de sumirse en él mismo y ‘vivir humanamente’¹⁶ y con emoción cada uno de sus días frente a los otros. En este momento se señala la importancia de ese logos oculto en las circunstancias de nuestra vida, un logos que se resiste a las palabras, a ser dicho, y que solo aflora con los gemidos del cuerpo, con el sudor y los movimientos rítmicos que buscan ansiosos las vibraciones musicales. La vida oculta signos que piden ser extraídos de las vibraciones. Es en ellas, en el sonido que producen, en donde se “despierta la materia que ofrece así algo propio, no reflejo, como la luz [que] recibimos. El sonido se produce en este mundo” (Zambrano, 2005b: 113).

En *El hombre y lo divino*, Zambrano recuerda cómo Ortega y Gasset señaló lo que a su juicio era la diferencia fundamental entre el decir del filósofo y del poeta: la ‘responsabilidad’. Mientras que el filósofo se enfrasca en una exhaustiva defensa de sus razones, justificando cada una de ellas, el poeta escapa a la responsabilidad de lo que él mismo dice. El poeta no ofrece razones para sus razones, en cambio, ofrece su propio ser.¹⁷ En este sentido, las razones del poeta nacen ahí en donde la filosofía se detiene, en ese silencio, en esa oscuridad que pasma. Tras el pecado viene la gracia:

16 Vivir humanamente es para María Zambrano una acción y ésta es un “tener que decidir en cada momento lo que se va a hacer en el siguiente, un forzado elegir que es la manifestación de la libertad” (Pino Campos, 2005: 104).

17 Cuando los poetas se ofrecen, padecen a través de su cuerpo y desvelan el logos oculto. Ofrecerse es, pues, un viaje, una acción poética en donde el cuerpo extrae de la vida aquel logos que se resistía a las palabras.

El poeta vive según la carne y más aún, dentro de ella. Pero la penetra poco a poco, va entrando en su interior, va haciéndose dueño de sus secretos y al hacerla transparente, la espiritualiza. La conquista para el hombre, porque la ensimisma, la hace dejar de ser extraña (Zambrano, 2006: 62).

Donde la palabra tiembla existe el ritmo, la música y un cuerpo dispuesto a sentirlos. La primera experiencia fundamental del hombre es el cuerpo, no la palabra,¹⁸ “Y así, la hazaña de la filosofía griega fue descubrir y presentar como suyo aquel abismo del ser situado más allá de todo ser sensible, que es la realidad más poética, la fuente de toda poesía” (Zambrano, 2005b: 72). La razón poética proporciona al hombre convicciones que le permiten participar del juego creador en la vida:

La vida necesita del pensamiento, de convicciones claras, de ‘saber a qué atenerse’, según dice [...] El hombre que no participa en forma creadora en el esplendor de la cultura moderna sentíase sediento y al mismo tiempo humillado. Su sed se convertía en humillación. La humillación le lleva al resentimiento (Zambrano, 2005: 74-75).

Tarea titánica que precisa de una guía que permita seguir caminando con ideas claras y no con creencias oscuras¹⁹ por aquel bosque que nos rodea. Así, vivir según la carne no es un movimiento espontáneo en el que el hombre se aferre torpemente a las sensaciones del cuerpo, como cualquier otro ser viviente, sino

18 El interior del hombre es un “[lugar] cerrado a la palabra, inhábil para abrirse a ella, si no hundiéndose todavía más, ahondándose sin ensimismamiento. El ensimismamiento —ya Ortega lo mostró acertadamente— tiene un lugar dentro de sí, intangible decimos, inviolable” (Pino Campos, 2005: 104).

19 Al respecto, María Zambrano sigue a su maestro Ortega y Gasset al considerar que las ideas nos mantienen a flote cuando una creencia se muestra vulnerable ante las circunstancias que nos azoran. Una ‘creencia’ es aquella construcción conceptual que, sin saber de dónde ha provenído o siquiera sin tener conciencia de ella, nos permite estructurar nuestra vida. “En ella vivimos, nos movemos y somos”. En el vocabulario de Zambrano, creencia significa íntimo fondo, confianza ingénita, inocencia primera, virginidad del alma, credulidad, que permite que el ser se inserte, se haga presente, se nos presente en la realidad.

más bien, se trata de un adentrarse en la carne poco a poco, sabiendo de la angustia y la muerte que nos rodean (Zambrano, 2006: 57). ‘Desvivirse’ es la palabra. La verdad del poeta es *a posteriori*, porque solo después de haber vivido y de dejarse poseer alcanza la plenitud: “En el principio era el logos. Sí, pero... el logos se hizo carne y habitó entre nosotros, lleno de gracia y de verdad” (Zambrano, 2006: 25).

Se piensa que la poesía solo adquiere sentido con la palabra, sin embargo, lo adquiere cuando es engendrada bajo la servidumbre de la embriaguez a través de la cual el hombre deja de serlo, para convertirse en otra cosa, en creador.²⁰ Antes de tal revelación, tanto el hombre como los animales solo estaban ahí; con la palabra poética el hombre engendra mundo: “Ser era entonces eso: guardar la palabra recibida” (Zambrano, 1989: 40). ¿Y qué decía la palabra en sus primeros momentos? Balbucesos, murmulos incognoscibles que no exigían ni abstracción ni separación alguna de las cosas, y por ello arrastraban al poeta a la experiencia de lo inefable: por un lado, lo carnal, porque el poeta es habitante del mundo, vive entre las cosas y circunstancias, entre el cambio y la muerte; por otro lado, el poeta vive en el sueño, es decir, transporta y comunica, hace legible aquello inaccesible que se encuentra por encima de toda razón.

Si la carne es la experiencia originaria de la creación, entonces la palabra —poética— se convierte en la experiencia momentánea a través de la cual el poeta vence a la muerte. Un instante de amor y caridad en que carne, sangre y sueño se reúnen para formar al ‘auténtico hombre’.²¹ A través de la palabra, la creación se hace inteligible, se revela —en algo— el misterio que permanecía dormido en nuestra alma. La acción creadora, la poesía, distingue aquella facultad de ‘compartir²² el sueño sagrado’, la revelación: “La poesía busca realizar la inocencia, transformarla en vida y conciencia: en palabra, en eternidad” (Zambrano, 2006: 97).

20 El delirio que sigue de la experiencia extática solo es apaciguado por la expresión. La palabra, en este sentido, libera.

21 El poeta sabe que las cosas terminarán por ceder ante el tiempo, por eso se aferra a ellas y las llora. Siente que en cada exhalación se van yendo.

22 Afirma Zambrano que ya Ortega reconoce que “vivir es convivir” (Zambrano, 2006: 98).

La poesía de-construye la historia racionalizada, la recorre hacia atrás, la ‘desvive’ (tranhistoria), no se ciñe al orden temporal, se aferra al sueño primero: “hacer la inocencia primera comunicable; compartir la soledad, deshaciendo la vida, recorriendo el tiempo en sentido inverso, deshaciendo los pasos; desviviéndose” (Zambrano, 2006: 98). A decir de María Zambrano, necesitamos de la historia, pero ésta no puede estar forjada en la razón, sino más bien debajo de ella. La historia que ha de surgir será desde las sombras, engendada del sudor, de aquella gota que resbala por la frente hasta caer y sumergirse en la tierra (intrahistoria):

Filosofía e historia marchan juntas hacia adelante, movidas por la voluntad, mientras que la poesía se sumerge bajo el tiempo, desprendiéndose de los acontecimientos, en busca de lo primero y original; de lo indiferenciado, donde no existe ninguna culpable distinción (2006: 98-99).

El poeta sabe desde siempre que es imposible poseerse a sí mismo, que aquel intenso viaje que ha realizado el filósofo no puede terminar bien. Sabe que tampoco puede poseer ninguna cosa por pequeña que sea porque en cada criatura de este mundo se encuentra el secreto del universo, de la vida, y si fuera posible penetrar algo, entonces todo el universo estaría ante sus ojos. A lo más que puede aspirar el hombre es a vivir según su carne, tratar de desentrañar su propia alma y con ella rozar el universo de manera consciente, el cuerpo y la palabra por delante, el alma en el centro.

Afirma Zambrano que “[la] poesía es un abrirse del ser hacia dentro y hacia afuera al mismo tiempo” (2006: 110). Lo que interesa del ser²³ no es la pregunta sino la respuesta, una respuesta que afirma aquello que permanece oculto. El ser surge cuando la relación con lo divino se pierde, es la otra

23 “Toda poesía no es sino servidumbre, servidumbre a un señor que está más allá del ser. No es necesario, pues, captar el ser de las cosas, que no hace sino situarnos a la mitad del camino y, en realidad, desviarnos, porque: ‘El ser es entidad, peculiaridad; es separación, pero el amor es la nada de la peculiaridad que no busca lo suyo, y por eso no puede por sí mismo, no siendo, ser’” (Zambrano, 2006: 111).

cara de lo divino que se descubre como mera existencia humana cuando el hombre se hace pro-yecto. El ser responde a una necesidad de cubrirse, mejor aún, de en-cubrirse, formulación del Yo que hace de la persona un personaje. En otras palabras, el Yo crea la posibilidad de crearse a sí mismo, de inventarse una máscara en donde el sujeto ensimismado proyecta su ser.

Para la filósofa malagueña, tras las entrañas del ser irremediadamente brota una 'declaración divina'. Ciertamente, el ser es 'luz en la tierra', pero su luminosidad no abarca la vida humana entera, queda aquel contraste, aquellas sombras que se resisten, que no se desvanecen. La palabra poética significará entonces:

[Apertura] total de una vida a quien su cuerpo, su carne y su alma, hasta su pensamiento, solo le sirven de instrumentos, modos de extenderse entre las cosas. Una vida que teniendo libertad, solo la usa para regresar allí donde puede encontrarse con todos (Zambrano, 2006: 115).

El auténtico sentido de la vida se encuentra en esa palabra, en ese amor que "ata y desata" las cosas que se crean (Zambrano, 2006); y el poeta que lo porte se desvivirá y consumirá por ese salvaje amor a la tierra y al hombre por igual:

En el desvarío de la carne, en su irracional anhelo, estaba el amor. Y el amor puede convertir la irracionalidad de la carne porque se refiere a un objeto. No hay amor sin referencia a un objeto. Todo vivir enamorado lo tiene, y el poeta vive enamorado del mundo, y su apeamiento a cada cosa y al instante fugitivo de ella, a sus múltiples sombras, no significa sino la plenitud de su amor a la integridad. El poeta no puede renunciar a nada porque el verdadero objeto de su amor es el mundo: el sueño y su raíz, y los compañeros en la marcha del tiempo (Zambrano, 2006: 111).

COMENTARIO FINAL

Filósofos y poetas han necesitado un motivo, un impulso, una presencia por virtud de la cual las acciones sean ejercidas. El filósofo en su estrepitosa carrera, el poeta en su dulce exhalación, ambos, a decir de María Zambrano, son insuficientes e incompletos. En la cumbre de su perfección necesitan del 'amor más grande' para unirse y florecer en nueva vida; cuerpo, alma y pensamiento unidosrevueltos en un nuevo hombre en plena razón poética.

Vivir según la carne será entonces plena manifestación de la razón poética resuelta en el amor al mundo, a las cosas, al hombre mismo; Constatación del absoluto que no puede ser expresado. Aquí en la tierra, en comunión con los cuerpos que comparten con nosotros la existencia, el poeta manifiesta plena *poiesis*: apertura y religación.²⁴ Este es el final del camino —y el inicio—, ahí en aquel lindero oscuro y misterioso de donde brota la luz celestial y las sombras místicas, y del que participan todas las criaturas por igual. En palabras del poeta Martin Lings:

Pues aunque todo parece perdido, aún Todo es
 [encontrado
 En el Último que es el Principio. Fiel peregrino:
 No confundas su máscara, pues manifiesta en ti
 Omega es alféizar donde Alfa permanece
 [enmarcado,
 El Primero que viene al Final, pues asimismo
 [sois
 La estación de semillas, oh estación de frutos
 (Hossein Nasr, 1993: 5-6).

Entre la palabra del filósofo y la palabra del poeta se abre un haz de luz que desgarrar el horizonte. ¿Cuál vencerá al final del día? Zambrano no da respuesta, ¿habrá acaso algún ganador? Por lo pronto, la unión, la reconciliación entre estas dos propuestas

24 Ya en sus notas finales del texto *Filosofía y poesía*, María Zambrano se acerca a Zubiri y sostiene que el poeta es aquel que ciertamente se mantiene en perpetua apertura, dando la mano a las cosas que se le presentan, pero también, al mismo tiempo, en eterna disposición de abrazarse al origen que le engendró, "Lo que constituye la raíz fundamental de la existencia" (Zubiri en Zambrano, 2006: 113).

—una violenta y otra plena amor— parece imposible. En todo caso, Zambrano, al hablar de esa posible unión, lo hace apelando al pensamiento que es más amplio y profundo que la razón racionalizadora en la que tanto nos hemos desgastado.

Se trataría, por tanto, de descubrir un nuevo uso de la razón, más complejo y delicado, que llevará en sí mismo su crítica constante, es decir, que tendría que ir acompañado de la conciencia de la relatividad. El carácter de absoluto atribuido a la razón y atribuido al ser es lo que está realmente en crisis, y la cuestión sería encontrar un relativismo que no cayera en el escepticismo, un relativismo positivo. Quiere decir que la razón humana tiene que asimilarse el movimiento, el fluir mismo de la historia, y aunque parezca poco realizable, adquirir una estructura dinámica en sustitución de la estructura estática que ha mantenido hasta ahora. Acercar, en suma, el entendimiento a la vida, pero a la vida humana en su total integridad, para lo cual es menester una nueva y decisiva reforma del entendimiento humano de la razón, que ponga la razón a la altura histórica de los tiempos y al hombre en situación de entenderse a sí mismo (Zambrano en Bundgård, 2000: 29).

Para María Zambrano, la razón poética ha de mantener unidos —en una relación igualitaria— tanto al pensamiento como al sentir poético. Sin embargo, en la época en la que la filósofa española vislumbró aquella posibilidad, así como en estos días que corren, encantamiento que ostente tal vigor aún no aparece. Los primeros pasos ya se han dado, ahora puede hablarse de un “*logos* lleno de gracia y de verdad” (Zambrano, 2006: 116); aunque no queda claro cómo acceder a él,²⁵ quizá, sobre todo, porque no hemos entendido suficientemente que la razón poética no es un método,²⁶ sino un

25 Aunque la filosofía recorrió un largo camino, los temas del ser y de la creación no están agotados, aún queda cuerda suficiente para entretener a muchas generaciones de filósofos.

26 ¿Cómo ofrecer un método de la experiencia que surge con la razón poética cuando la experiencia es un fluir inagotable de

camino por caminar, una experiencia de la que puede comunicarse poco.

Al recuperar el cuerpo se recupera otra parte del logos, y a su vez éste nos acerca un poco más a la experiencia de la vida. El logos pertenece al cuerpo, y con la razón poética este último deja de ser solo un vehículo que se pudre cuando desaparece su tripulante. El cuerpo permite al hombre adentrarse y comunicarse con la tierra, el universo, lo divino, consigo mismo y con los otros.

En cuanto a la palabra, la razón poética la recupera desde las entrañas, desde el corazón, en la respiración viva y rítmica del hombre. La palabra es experiencia corporal a partir de la cual es posible comunicar en algo la creación, y nos recuerda que el hombre es un hermeneuta, un iniciado, un poeta.

diversos conocimientos? Un método asemeja a las notas musicales de un determinado ritmo, ante el cual solo queda ceñirse, no “hay sorpresas ni asomo de revelación” (Zambrano, 1989b: 12). Más aún, “Un método es un camino a recorrer una y otra vez; un camino que se ofrece en modo estable, asequible, que no ofrece a su vez preparación ni guía alguna: lugar de llegada más que de partida, lugar de convivencia por tanto. Lo que lo ha hecho necesario y posible ha sido borrado, cancelado previamente. Se ofrece, pues, como algo inmediato para quien lo encuentra, quien desde el principio está invitado a encontrarse en él, dentro de él” (Zambrano, 1989b: 19). El hombre necesita siempre un guía, otro iniciado en la melodía del universo, capaz no de mostrar sino de iluminar el camino recibido.

REFERENCIAS:

- Bundgård, Ana (2000), *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*, Madrid, Trotta.
- Hoseein Nasr, Seyyed (1993), *¿Qué es tradición?*, México, Herliópolis.
- Janés, Clara (2010), *María Zambrano. Desde la sombra llameante*, Madrid, Siruela.
- Moreno Sanz, Jesús (2008), *El logos oscuro: tragedia, mística y filosofía en María Zambrano. El eje del hombre y lo divino, los inéditos y los restos de un naufragio*, vol. I, Madrid, Verbum.
- Pino Campos, Luis Miguel (2005), *Estudios sobre Zambrano: El magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*, Santo Cruz de Tenerife, Universidad de la Laguna.
- Platón (2008), *Diálogos*, Madrid, Gredos.
- Zambrano, María (1989), *Notas de un método*, España, Mondadori.
- Zambrano, María (1989b), *Delirio y destino: los veinte años de una española*, Madrid, Mondadori.
- Zambrano, María (2005), *Hacia un saber sobre el alma*, Buenos Aires, Losada.
- Zambrano, María (2005b), *El hombre y lo divino*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, María (2006), *Filosofía y poesía*, México, Fondo de Cultura Económica.

JONATHAN CHRISTY BALDAZO DELGADILLO. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM). Homologación del título de filosofía por el Ministerio de Educación y Cultura de España. Maestro en Antropología y Estudios de la Cultura por la UAEM. Maestro en Humanidades: Filosofía Contemporánea por la UAEM. Colaborador del cuerpo académico Hermenéutica de la cotidianidad. Profesor de filosofía en la Preparatoria Oficial no. 3 y no. 197. Profesor de filosofía en el Seminario Diocesano de Toluca. Cofundador del colectivo Cuervo rojo.